

Juan Rulfo



DAVID HUERTA

Con esa luna seca y sola entre los matorrales
como única luz, nunca podremos encontrar el camino.
No hay estrellas, nada que sirva para orientarse en estos yermos.
Los perros enflaquecen al paso de los minutos.
Los cuerpos se destiñen, canijos, requemados de frío.
Hemos estado caminando por aquí, por allá.
Parece que andamos en una línea derecha pero luego
se ve que está torcida. No hay cobijo.
Pedazos de tierra se caen de las peñas y nosotros
miramos el polvo de los senderos entre la sombra,
como si nada más verlo fuera a salir de ahí el entendimiento.
No hay comida. El cielo está arriba, abajo la planicie.
Se desprenden terrones bajo los pies. Más tarde se extiende la luz
y empieza el bochorno. Y vuelta a empezar,
otra vez un paso y otro. Ya nadie pregunta ni para qué.
Ni cómo. Seguimos caminando, tratando de ver. Hace
mucho frío, luego vienen estos ardores que parece
que aprietan el aire y se clavan en las caras.

Más allá, conforme avanza el día de nuestros extravíos,
las piedras del Llano se calientan hasta resplandecer.